

con valor su horrible suerte. Doña Ines de Castro no desmentía tan noble origen, reunía toda la magestuosa altivez, todas las encantadoras gracias, todos los seductores atractivos de las bellas Castilianas. Apenas contaba 15 años y la frescura casi infantil de su rostro era anjelical y divina. Sus grandes ojos negros, velados por luengas pestañas reflejaban brillantes rayos de luz, su pulida boca con labios de carmin prodigaba destellos de bondad y de talento. Su flecsible y estrecho talle, cual la esbelta palma, y su lindo pié completaban el tipo hechicero de una española. Ligera garza que el furioso huracan aleja de la fértil pradera donde tanto lucirian sus pintadas alas á los resplandecientes rayos del Sol; rica perla que el alborotado mar oculta en lo profundo de su seno; manantial purísimo de inefables goces: tal era la bella Ines.

Lejos de su patria, sin amigos ni parientes con quienes comunicar la amargura de su corazon, gozaba al menos la de Castro del mágico encanto que nos inspira una agradable ilusion; el amor. Desde el imprevisto encuentro con el Príncipe, su gentil figura, su ademán arrogante y brioso, cuando sobre el rápido alazán cruzaba la alegre campiña, su cortésano language, el arrojo con que la librara de tan grave peligro, el tierno interes que la manifestó en su desmayo y un no sé que inefable y misterioso la inclinaban á D. Pedro. Esta fascinadora ilusion, cuando por vez primera llena con sus deliciosos goces nuestro pecho, nos inspira una sed insaciable de placeres, embriagando nuestros sentidos: entónces nada anhelamos mas que el objeto que nos ha impresionado. Pero ¡cuánta amargura se mezclaba entre estos alhagüenos pensamientos! ¡D. Pedro Príncipe de Portugal, encadenado en los brazos de otra muger!!! ¡Amarga ideal ¡perel pensamiento que marchita y aniquila las mas dulces ilusiones de Doña Ines, cual una á una caen las leves hojas de la fragante rosa destrozadas por el helado soplo del aquilon!

Era una noche de la risueña primavera; las flores de los deliciosos jardines de Lisboa embalsamaban el aura leve, ligeras nubes cual fúnebres crespones enturbiaban á trechos la claridad del firmamento: todo era calma en derredor, todo silencio: el agudo eco de la sonora campana de la Catedral dejó oír las doce, hora solemne en que el corazon se siente mas inspirado, en que acaso la casta doncella animada por la soledad, vacilante entre los gratos amores y el tímido pudor que á veces aboga los mas tiernos sentimientos, espera á su amante. Distraida con sus esperanzas y pesares, no pudiendo entregarse al dulce encanto del sueño, se habia sentado Doña Ines en el alfeizar de una ventana. La imagen de D. Pedro llenaba su ardiente imaginacion con una magia irresistible; ¿mas cual fué su sorpresa cuando realmente le vió delante de su turbada vista?

D. Pedro hacia tiempo que la habia visto aunque de lejos y alentado en su amor con la presencia de su adorada, se acercó á la reja; sorprendida y muda Doña Ines hizo un esfuerzo para retirarse. Mas el Príncipe, deteniéndola con un ademán suplicante.

—¿Por qué ocultaros, señora, le dijo, de quien tan ardiente amor os profesa? ¡Tan bella! ¿porque tal desden?...

Ines recobrada un tanto de su turbacion, fascinada por la magia irresistible que inspira el acento de la persona que ama, replicó.

—Ya sabia, D. Pedro, que á vuestras brillantes cualidades reuniais la de ser tan galán como lisongero.

—Cuando hay en el corazon, señora, un raudal de abrasadora lava, reboza en nuestras palabras; pero si tal vez os agavio, callaré á mi pesar.

—Proseguid, D. Pedro, que á veces tambien se aprehen las lisonjas..

—Mis palabras, Doña Ines, brotan del corazon: no son vanas lisonjas como vos decís, sino la espreison del mas sincero amor...

—Amor decís, replicó la altiva Castellana: dos veces habeis pronunciado amor. No habia creído se repitiera la segunda... ¿Ignorais por ventura, que la hija de D. Pedro de Castro, no puede amar al Príncipe de Portugal?

—Sois muy cruel, Doña Ines. Cuando yo fijé mis miradas en vos, ignoraba quien erais; pero cuando os lo he declarado, sabia que lo hacia á Doña Ines de Castro. Juzgué que un amor puro y respetuoso no empañara los mas delicados sentimientos de la noble hija de un Ricohombre de Castilla.

—Bien sabeis, D. Pedro, las opiniones que de nuestro secso ha formado la sociedad. Aunque siendo, como vos decís, tal vez de nada tuviera que arrepentirme; todavia el mundo...

—El mundo, Doña Ines! El mundo solo sabe lo que nuestra voluntad no quiere ocultarle: es un leve obstáculo á mi felicidad que únicamente está cifrada en que no me mireis con indiferencia.

—No sois, D. Pedro, de aquellos hombres que inspiran semejante afecto; pero debeis conocer vuestra posicion y la mía: las mas brillantes ilusiones no pueden desvanecerla.

—No hay obstáculos, repuso D. Pedro, por grandes que sean que puedan destruir la mágica felicidad de que disfrutaria, si oyese de vuestra boca una sola palabra de amor.

—Doña Ines de Castro no puede pronunciarla, pero hay afectos, prosiguió Ines ruborizada, que los ojos de un hombre con facilidad pueden adivinar.

Asi conversaban los dos amantes. Cuando de pronto se escuchó un ligero rumor de gente que se aproximaba, volvió D. Pedro rápidamente la cabeza y se vió acometido por varios embozados. Un ¡ay! mal reprimido ha sonado en el espacio; y sacando D. Pedro velozmente la espada ¿Quienes sois, villanos, que traído-ramente acometeis á un caballero? dijo defendiéndose denodadamente. Siguió el estruendo de los aceros en el silencio.

—¿Sois tan viles que ni aun aliento os resta para pronunciar una palabra? continuó D. Pedro.

Afortunadamente cuando al fuerte rumor de la lucha una ronda se aproximaba, los desconocidos por distintas direcciones desaparecieron.

Fácil será calcular como quedaria Doña Ines: aunque se tranquilizó en algun tanto, cuando vió alejarse á D. Pedro seguido de la ronda.

Semejante tentativa era dirigida por los enemigos de D. Pedro, entre ellos el Mayordomo mayor del Rey, Coello, Pacheco y otros varios nobles del partido contrario. Pero la importancia del suceso ecsije que nos ocupemos de estos personajes en el capítulo siguiente.

(Continuará.)

ANUNCIO.

SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID.

Edicion baratísima de MARIA la hija de un jornalero historia-novela original de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

Se han repartido las entregas 3 y 4 de esta obra popular que con tanta energía aboga por las clases trabajadoras, pidiendo proteccion para los menesterosos.

La obra constará de 50 entregas justas de 16 grandes páginas con grabados y el retrato del autor. Cada entrega cuesta un real de vellón tanto en Madrid como en las provincias, franco el porte.

Se suscribe en Madrid en la Sociedad literaria, calle de Leganitos núm. 47, y en las librerías de Cuesta, Razola, Matute y Monier, en provincias en correos y principales librerías.